

Las Evidencias de la Fe de los Elegidos de Dios – Prefacio.

Por John Owen

Nota a manera de prefacio.

Este tratado, titulado *Fundamentos y Evidencias del Evangelio de la Fe de los Elegidos de Dios*, fue dado al mundo en 1695. El resto del título apenas es aplicable como una designación correcta de las principales divisiones de la obra, y pudo, quizás, haber sido añadido por aquellos que tenían la responsabilidad de publicarla. En el prefacio de Isaac Chauncey, se le afirma al lector que el tratado es la producción del Dr. Owen. Tiene evidencias internas del hecho, y que la escribió teniendo en mente su publicación. Cuando no continúa la discusión formal de algunos tópicos relacionados con su tema, por el motivo de haber abordado la discusión de ellos “en otros escritos,” parece haber una justa inferencia de que había sido su intención publicar el tratado, aunque no se deja entrever alguna explicación de porqué se vio alejada de la imprenta por un período de doce años después de su muerte. Puede sostenerse que la circunstancia es la de algún momento, mostrando que la obra, aunque póstuma, contiene el juicio deliberado y maduro del autor sobre el tema del cual trata.

Su objetivo no es ilustrar las evidencias comunes de la religión genuina, o las bases sobre las cuales podamos concluir en que un hombre es sincero en su profesión religiosa. Es más bien una indagación en las evidencias sobre las cuales los elegidos de Dios, en cualquier proceso de auto-escrutinio, pueden afirmar la realidad de su propia fe. Adscribiéndole a la fe toda la importancia que se le debe como la causa instrumental de la justificación el autor suspende toda la cuestión del carácter genuino de la conversión por la existencia de un desarrollo u operación de cuatro facetas de aquel principio lleno de gracia en los corazones de todos aquellos que pudieran estar ansiosos por descubrir si en realidad han sido vivificados y nacidos de Dios.

Después de declarar la naturaleza de la fe salvadora, y luego de una breve exhibición del evangelio como el método divino para la salvación de los pecadores por medio de los méritos de Cristo, el autor procede a “la prueba de la fe,” como el principal objetivo del tratado. En primer lugar, muestra que la fe, si es genuina, incluye o denota una aprobación implícita de “la manera de Dios de salvar a los pecadores,” en oposición a todos los esquemas de invención meramente humana para nuestra liberación espiritual. Esta aprobación del plan divino para nuestra redención, en la que sostiene aquello de lo cual consiste la esencia misma de la vida de fe, se encuentra en la convicción; primero, de que la salvación revelada en el evangelio está en armonía con las perfecciones y la majestad del carácter divino; segundo, que es adecuada para quien mira, desea y aspira a una iluminación del alma por parte de la gracia; y, tercero, que en verdad honra la ley moral como si esta hubiese sido completamente cumplida en la obediencia personal de los santos.

Segundo, se muestra que la fe implica una aprobación de la voluntad de Dios al requerir de nosotros santidad y obediencia, a la medida plena de la perfección y espiritualidad que se nos demanda en la ley moral. Apela, en ilustración de la obediencia requerida, a la luz de la naturaleza, y al conocimiento del bien y del mal del cual los hombres disfrutaban a través de la ley; pero comprueba que sin la luz de la fe salvadora no puede haber una concepción adecuada de la santidad requerida por la voluntad divina, urgiendo así una aguda distinción, que pudiera catalogarse como una contribución separada a la doctrina de la conciencia, y

según la cual su autoridad al determinar el carácter moral de una acción de ninguna manera implica el amor por lo que es bueno, y el aborrecimiento de lo que es malo. La función de la conciencia que él mira es exclusivamente judicial, y muestra que el motivo que da lugar a la acción debe brotar de otras consideraciones. Se asignan dos fundamentos sobre los cuales la fe aprueba la santidad que se requiere de nosotros: - la consistencia de tal demanda con la perfección de la naturaleza divina; y su capacidad, cuando hay plena conformidad con ella, para hacernos avanzar a la suma perfección de la cual es capaz nuestra propia naturaleza.

Tercero, también se ofrece una evidencia de la fe genuina cuando la mente se da a la tarea de mantenerse a sí misma en el debido ejercicio de la gracia de la fe, en las ordenanzas públicas y privadas de la adoración divina. Si la fe no es cultivada en la adoración a Dios, toda la devoción se ve corrompida en las formas vacías de la superstición, como en el ritual del Papado; o llega a convertirse en el fuego arrasador del fanatismo, o degenera en el racionalismo que ignora toda la adoración instituida por la autoridad de la revelación. Las direcciones sensatas siguen como el mejor método para preservar la fe en ejercicio vivo mientras estamos involucrados en los variados actos de devoción.

Cuarto, la última evidencia especificada de la fe verdadera es el arrepentimiento evangélico que esta produce. La liberación del mundo, el recuerdo vívido del pecado, una intensidad cada vez mayor de pena piadosa por ese pecado, y otras acciones espirituales, son descritas como elementos esenciales en los sentimientos y ejercicios de penitencia de aquellos que realmente creen para salvación.

El tratado indica un conocimiento de la verdadera filosofía de la naturaleza humana, a través del conocimiento del mundo, y del hombre individualmente, pues toma el color de su carácter de los objetos que le rodean y de las influencias sociales, y aquella profundidad de experiencia Cristiana en que nuestro autor, quizás muy rara vez, se haya destacado. Se luce en la anatomía de los motivos humanos; y aunque se adentra profundamente en las obras subjetivas de la fe, se halla siempre plenamente de las realidades objetivas de la verdad evangélica. El lector Cristiano encontrará en este tratado un manual admirable para el auto-examen. El editor.

Al Lector

Dado que la fe es el primer acto vital que todo verdadero Cristiano presenta, y que la vida que vive es por la fe en el Hijo de Dios, así su próximo gran interés es conocer aquello en lo que cree, y que creyendo tiene vida eterna; que su fe es la fe de los elegidos de Dios, y de la operación de Dios: sin algún conocimiento de creencia distinto del que no puede asegurar de manera confortable su corazón delante de Dios con respecto a su llamado y elección, tanto que le lleve en todos los caminos de la santidad, haciendo y ejecutando la voluntad de Dios con la necesaria resolución y alegría; y el hacerla de manera correcta, según el tenor del evangelio, no es una pequeña parte de la destreza espiritual; en la que dos cosas son sumos requisitos: primero, que esté bien familiarizado con la doctrina de Cristo, y sepa como distinguir el evangelio de la ley; y, en segundo lugar, que esté bien versado en su propio corazón, para que así, al comparar su fe, y los frutos de ella, con la dicha doctrina de Cristo, pueda llegar a ver que, así como ha recibido a Cristo, así camina en Él: y todos sus razonamientos con respecto a sí mismo son tomados de la palabra de Dios, de modo que, cualquier juicio que emita sobre sí mismo pueda ser un juicio de fe, una respuesta de buena conciencia para con Dios; pues todas las pruebas de la fe al fin se resuelven en un juicio de fe, y antes que este se lleve a cabo, el alma aún lucha bajo asombros e incertidumbres.

El propósito del siguiente tratado es resolver esta gran cuestión, el si la fe que profesamos es verdadera o no – La resolución de la cual, por una investigación imparcial, necesita ser muy llena de agradecimiento y provechosa para cualquiera que haya probado que el Señor es misericordioso. No debe haber duda de que el ya finado reverendo, sabio y piadoso Dr. Owen fuese el autor; no solo porque se da una buena seguridad como aquellas que se daban en sus escritos, sino también porque el estilo y el espíritu que corren a través de sus otros escritos prácticos están aquí de manera manifiesta; y por consiguiente, con ellos se recomienda al examen serio de todo investigador diligente en la verdad de su estado y condición espiritual.

Isaac Chauncey

□-□

Este artículo fue tomado de la *Grace Online Library* – <http://www.graceonlinelibrary.org/>
Por favor, nótese que se han hecho todos los esfuerzos por obtener el permiso adecuado para usar todos los materiales publicados en nuestro website. Si tiene Ud. la intención de reproducir este artículo puede que necesite obtener el debido permiso.